

Como en esa noche tibia
de la muerta primavera

Jesús Vicente García



Ilustraciones: Beatrix G. de Velasco

*Una noche
una noche toda llena de perfumes,
de murmullos y de música de älas [...]*

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

Un sábado de marzo

“De algo me he de morir, pues que sea siendo poeta”, balbucea Basilio, cual largo es, extendido sobre una cama de hotel de la colonia Obrera, medio litro de tequila en el cuerpo y la otra mitad en la botella. Tiene mal y bien de amores, extraña combinación, y eso puede echar a perder a la gente, hay quienes, incluso, se convierten en poetas, última y patológica zona en que ni la locura es un remedio. Ya lloró, ya se rió y ahora escribe, si es que esos garabatos pueden llamarse escritura. Enciende la televisión. Sé que en un rato se dormirá y amanecerá convertido en poeta para chupar la sangre a las palabras; yo saldré al fresco de la noche rumbo a mi casa.

I

“Cuando la persona que amas te dice que ella no te ama, ¿qué pasa?” “Te sientes mal”, respondo sin gran reflexión. Basilio limpia su sombrero de lana en una noche templada en el zócalo de la Ciudad de México, que parece vendimia, no un zócalo. Es un lugar de desdichas. Aquí se manifiestan quienes no están de acuerdo con su vida social, con esos programas de gobierno, con esas leyes que se promulgan, con esos partidos políticos que sólo cobran. Paneamos y sabemos que allá estará instalada una alberca, por acá estuvo la pista de hielo, luego la rosca más grande de América Latina, después la feria del tamal, una exposición de mil cosas durante el año, así que visualmente el zócalo no descansa, tampoco los capitalinos, ciudadanenses, mexiqueños o cómo se nos llame ahora que ya no es Distrito Federal, sino Ciudad de México; es cambio de nombre, no de actitud ni de mejores modales, ni educación, basta con ver este panorama, caminar sobre la plancha del zócalo, por las calles, ya no se puede andar tranquilo en la noche, desde hace años esta ciudad ya estaba en estado de descomposición y ahora está sumergida en la inmundicia, igual que el proceso de los poetas en su conversión; aquí es un lugar de protesta, de suciedad, de malos olores, de ruido, de corrupción, como si hubiese un decreto para acabar con la tranquilidad, con la historia, con nosotros mismos. Y hasta el amor se escapa por donde se pueda, incluso por las cloacas.

El mismo sábado más temprano

En lo alto de la Torre Latinoamericana escuchamos el viento y a unas gringas que nos preguntan cómo se llama acá, cómo allá, porque resulta que no encuentran a su guía. Basilio explica dónde está la otrora cárcel de Lecumberri y qué es ahora, el camino que tomó Madero durante la Decena Trágica rumbo a Palacio Nacional, el año en que se inauguró el Sanborns de los Azulejos, las famosas fotos de los zapatistas y villistas en ambos lugares, el edificio en que se reunían los modernistas sobre Bolívar, lo que era el Salón Bach, las borracheras de Julio Ruelas, de Jesús Valenzuela, de Rubén M. Campos, el edificio de la esquina en que se filmó la famosa escena de Pedro Infante, en la cual, como “Pepe el Toro”, pelea con el Tuerto y éste cae. Al decir esto, Jennifer, la más entusiasta, voltea y le dice algo a su amiga, yo sólo entendí: Ismael Rodríguez, y algo así como que la escuela, el maestro, la película. Escucho anonadado, no de ella, sino de Basilio. ¿Cómo sabe todo eso? No es que crea que es un tarado, pero esos datos tan al dedillo ni los guías de turistas los dicen, ellos enumeran fechas históricas, Bellas Artes, el Palacio Nacional, la Alameda, la misma Torre, el edificio de Correos, el restaurante del Palacio de Hierro, su piso de madera. Basi les habla de poetas, les recita poemas modernistas. Las gringas se lo comen con la mirada. Se acomoda el sombrero negro. Llega un cincuentón, calvo, anteojos de pasta, huele a alcohol. Es el guía de turistas. Las güeras nos presentan, bueno, más a Basilio que a mí. Nos despedimos. El mirador de la Torre es caluroso. Entramos al Salón Corona, en Madero, primer piso. Basilio saca una libreta, me lee, parece poesía. Pide tarros de cerveza oscura, de una vez doble para que no dé vueltas. Quiere publicar. Me confiesa algo: le da miedo que nadie lo lea. No es broma. No me río. No nos zapeamos.

Menos temprano. El mismo sábado

Vuelve el estómago en Bolívar, pasando Fray Servando, frente a un Toks, a un lado de un cefemático de la Comisión Federal de Electricidad. Una patrulla se detiene. Los policías nos piden identificaciones. Dicen que nos van a llevar a la delegación. Basilio dice que

sí, que en la cárcel se hacen los mejores poetas, que es buena escuela. Se mete solito a la patrulla. A mí me avientan como costal. Un azul dice que es mejor negociar y no en los separos, porque allá nos las dejarán caer. La anagnórisis me llega y le pregunto al representante de la ley los cargos por lo que nos va a remitir. Vomitar no es un delito ni estar borracho. “Su amigo estaba orinando en vía pública. Eso amerita una pena administrativa”. Basilio saca unos papeles y les dice a los policías que lo escuchen. Lee dos poemas en voz muy alta, casi los grita. ¿Qué opinan, señores? ¿A poco no están pegadores? Nos confiesa que está desilusionado y enamorado a la vez. Beatriz lo cortó hace un par de días. Pero quiere andar con una amiga de la universidad. Tánatos y Eros sonríen. Empieza a llorar. Lo abrazo. Le digo que ya mero llegamos, que ahí se desahogará mejor. Los polis nos describen escenas terribles de los separos. Una manaza me avienta el rostro y mi flaco cuerpo hacia un extremo de la patrulla. Basilio empieza a convulsionarse, va a vomitar, ¡va a vomitar!; el patrullero se detiene en Rafael Ángel de la Peña. Casi lo sacan a rastras, lo acomodan en un árbol y vomita, me bajo con él. Le ayudo. Le doy mi pañuelo. Está sudoroso, lacrimoso. Enfrente de nosotros, la patrulla se aleja, ni una mentada nos dijeron. Pinchas tiras. ¡Pinchas tiras!, grita Basilio, ¡se llevan mis poemas! Corre hacia Bolívar, yo tras él, le digo que se detenga. Antes de llegar a la esquina, cae cual largo es, y como el caballo blanco de José Alfredo Jiménez, lleva el hocico sangrando.

II

Otro día. Estamos sentados enfrente de la Catedral. Tararea “El pianista”, de Billy Joel, y le hago la segunda. Parece que la rola le llega hondo. Y me cambia la letra por una de José Alfredo, esa que dice: “Por la lejana montaña/ va cabalgando un jinete,/ vaga solito en el mundo/ y va buscando la muerte”.

—Cuando una mujer te abandona, la muerte se acerca más y se ríe en tus narices. Y al acercarse otra, la vida te está retando.

Seguimos viendo hacia el zócalo. Me ve a los ojos y entiende que no estoy para descifrar nada, ni para adivinar sentimientos. Nos reímos en el zócalo, entre tanta gente que se ha dado cita este día de primavera. Ahora desea andar con Zafiro. Se dejó el cabello largo. El viento juega como el niño con el columpio. Todo un maestro de literatura, elegante, con su sombrero Tardán, sus libros, sus poemas en su cel.

—¿Sabes qué, Pamelix? Estoy enamorado hasta las anginas. Pero ya no siento la muerte, porque además uno no puede sentir la muerte cuando te abandonan; al contrario, duele porque se siente la vida, sólo la vida duele, la muerte no. Así que ya decidí dedicarme a la poesía, a Zafiro, a mi trabajo, todo alrededor de las letras, y sigo con miedo al olvido literario, porque es como morir en vida.

—El olvido es vida, así que no te contradigas. Escribe solamente o si no te respondo a lo Quevedo: “No escribas versos más, por vida mía;/ aunque aquesto de escribas se te pega,/ por tener de sayón la rebeldía”. Yo también memorizo poemas, porque eso es vivir, aunque la muerte es como la poesía, está en todos lados.

Minutos después

En una tienda de Bolívar y Fernando Ramírez, aún llamada vinatería o abarrotes, compramos tequila. Quiere orinar, yo también. Comemos unos tacos. Lo veo más calmado. Quiere seguir bebiendo. Le digo que en un hotel y así hasta puede dormir tranquilo. Ya instalados, en la misma colonia Obrera, empieza a beber como los peces en el río directo de la botella, como si buscara a la parca. Está borracho, no idiota, empieza a recitar: “Cerrar podrá mis ojos la postrera/ sombra que me llevare el blanco día,/ y podrá desatar esta alma mía/ hora, a su afán ansioso lisonjera”. Se sabe a Quevedo de memoria. Puede recitar ese soneto desde donde uno le pida, lo cual no me sorprende, lee mucha poesía. A ver, dime el segundo terceto, da un trago y empieza: “Su cuerpo dejará, no su cuidado;/ serán ceniza, mas tendrá sentido; / polvo serán, mas polvo enamorado”. Confiesa lo que ya había confesado, pero ahora lo subraya con más énfasis y claridad, a pesar de la borrachera: “Beatriz me dejó y me encanta una chava que fue mi compañera de universidad, y además me da cosa el olvido literario”.



Bebe de la botella y se extiende, la tele habla sola, enciendo la luz. Malena me envía *guats*, “¿Ya mero?”. Veo que su metamorfosis es inminente, de lector toma el camino del poeta. Dice que lleva años leyendo en la noche a los poetas como Withman, Rimbaud, Lautremont, Baudelaire, Vallejo y mucha filosofía. Había notado algo en su bagaje lingüístico. Le pido desde lo más profundo que no se haga poeta, que eso es para locos, pero su camino está trazado como el destino para los griegos; le pregunto la razón del rompimiento con Beatriz: no le gusta platicar de poesía, excepto de la *Ilíada*, de la *Odisea*, de los grandes hombres de la tragedia, pero no le hables de los románticos, de los modernistas, de los contemporáneos, porque entonces se aburre. No le creo nada. “Ya suéltala, no mames”. “Ta bien, pinche Flaco. Me engañó con su jefe, yo los vi y le rompí el hocico a ese güey y a ella la mandé a la... lejos”. “No era necesario que golpearas a nadie”. “Además, me había dicho antes que su jefe leyó mis poemas y le parecieron una mamada, eso no podía quedarse ahí”. “Pues tienes que aguantar crítica y comentarios. Los poetas no pueden estarse rompiendo la cara cada que alguien le diga que no le gusta su poesía”.

Domingo en la madrugada

Salgo a la noche rumbo a la casa. Huelo la primavera. Me duele Basilio. Sé que amanecerá convertido y que ahora sus pesadillas lo están atormentando, que habrá dulces sueños y rencores azotados. Ha trazado su camino, así que moriremos como nacen los poetas, hasta el infinito, diría Efraín Huerta. Ahora entiendo por qué abril es el mes más cruel, según T.S. Eliot. Nacer es dolor. Ser poeta es comerse las vísceras, jugar con los demonios, sentir los tormentos de las palabras cuando no salen. Los poetas buscan la muerte para seguir viviendo. Basilio está muriendo y naciendo; sale Beatriz, entra Zafiro. El amor en algún momento se convertirá en violencia y en poesía. En el fondo, sé que su desacuerdo con la vida es lo que lo mueve. Paso al Oxxo por un pan para la cena. Las sirenas de las patrullas dicen que la madrugada tiene candela. Silencio. Perros. La luna de pergamino gira, ilumina la maldad, proyecta mi sombra larga. Silencio, sirenas, perros, gritos, oscuridad. Silencio. En mi corazón le doy la bienvenida a Basilio a este mundo de poetas, en estas ruinas poéticas por antonomasia; que la estancia sea de tu agrado, señor vampiro poeta, que la sangre y el ritmo te acompañe. ▀▀

